

*sagradas*, premiadas por la Universidad de México en 1683 é insertas en el *Triunfo Parténico*.

Br. José López Avilez, de quien hace Sigüenza el siguiente elogio: "Destrísimo en la composición lírica, de que nos ha dado impresas insignes obras, puede ponerse en parangón con el poeta venusino, mereciendo por ello ser tenido por gran padre de las musas y honra de los certámenes académicos." Fué capellán y maestro de pajes del Virrey D. Fr. Payo Enríquez de Rivera, y profesor de letras humanas. Además de un tomo en folio de versos latinos en alabanza de la Virgen de Guadalupe y publicado en 1669, escribió las siguientes obras: *Canto pastoril* en cien fojas, impreso en México; *Versos latinos y castellanos á la Santísima Virgen*; el Sr. Pimentel opina que estos versos, impresos según Beristain en 1682, son los que aparecen en el *Triunfo Parténico*, publicado en 1683; *Descripción en verso de la calzada que va de México al Santuario de Guadalupe*; *Elogio á San Francisco de Borja*: el mismo Sr. Pimentel cree que es el mismo elogio (un epigrama latino premiado por la Universidad) que se halla en la obra intitulada: "Festivo aparato con que la Compañía de Jesús celebró en México á San Francisco de Borja;" y por último, la biografía en verso de Fr. Payo Enríquez publicada en 1685 con el siguiente título: *Debido recuerdo de agradecimiento leal*.

Lic. Francisco Ayerra y Santa María, clérigo secular originario de Puerto Rico, pero que floreció en México, donde desempeñó los cargos de capellán de Jesús María, primer rector del Seminario y visitador del Arzobispado. Murió en 1708, á los 78 años de edad,

y dejó las siguientes obras: *Poesías sagradas*, insertas en el *Triunfo Parténico*; *Versos* premiados en el certamen poético por la canonización de San Juan de Dios; *Inscripciones y poesías* en la recepción del Virrey Duque de Albuquerque. He aquí cómo se expresa Sigüenza y Góngora acerca de este autor: "El Lic. D. Francisco de Ayerra y Santa María, aunque es el *animæ dimidium meæ*, que de su querido Virgilio decía Horacio, ninguno que lo conozca me censurará de apasionado si digo que es elegante latino, poeta admirable, agudo filósofo, excelentísimo jurisconsulto, profundo teólogo, orador grande y cortesano político, realzándose todas estas perfecciones con ser una erudita enciclopedia de las floridas letras."

Br. Pedro Muñoz de Castro, presbítero mexicano, de quien se conocen *varias poesías* insertas en el *Triunfo Parténico*; *Elogio de San José* (1696); *Exaltación magnífica de la Betlemítica rosa de la mejor americana Jericó* (1697); *Poesías en honor de San Juan de Dios, premiadas en las fiestas de su canonización* (1702); *Ecos de las Cóncavas del Monte Carmelo* por la muerte del Virrey D. Fernando de Lencastre Noroña y Silva (1717).

Gaspar de Villagra, capitán de infantería en la conquista de Nuevo México y que sirvió en todas las expediciones de Oñate y Saldívar, escribió un poema intitulado *La historia de Nuevo México* (Alcalá, 1660).

Arias Villalobos, sacerdote español, natural de Jerez, que se estableció en México á principios del siglo XVII. Fué autor de las composiciones que se mencionan en seguida: *Historia de México en verso castellano desde la venida de los acolhuas hasta el presente* (1623);

*Canto descriptivo* de la Ciudad de México, y además varios epitafios castellanos y latinos para el cenotafio de la Virreina Marquesa de Guadalcázar (1619).

Francisco Corchero Carreño, español, avecindado desde joven en México, donde hizo su carrera literaria. Fué capellán de la Cárcel de Cortes durante treinta años, y al morir (1668) dejó todos sus bienes para los presos y otros objetos de beneficencia. Escribió un poema religioso intitulado: *Desagravio de Cristo en el triunfo de su Cruz contra el judaísmo* (1649).

Antonio Morales Pastrana, natural de la ciudad de México, empleado fiscal y versado en las letras humanas y con algunos conocimientos en las divinas, compuso una *Canción histórica de la milagrosa imagen de Guadalupe*, y según parece, algunas otras poesías dedicadas al mismo asunto. En 1671 publicó una descripción de las fiestas con que se celebró la beatificación de Santa Rosa, y en 1694 un poema á los Dolores de María.

Carlos de Sigüenza y Góngora, mexicano distinguido, que además de sus obras históricas y científicas escribió en verso: *Primavera indiana*, poema sacro-histórico sobre la Virgen de Guadalupe (1662-68-83); *Poema* (póstumo) en elogio de San Francisco Javier (1700); y *Poesías sagradas* incluídas en el *Triunfo Parténico*.

Dr. José Mora, juez eclesiástico en Querétaro y dean de la Catedral de Valladolid, escribió: *Vida de Santa Gertrudis en verso endecasílabo* y *Poesías sagradas* insertas en el *Triunfo Parténico*.

Dr. Miguel Reina Zeballos, natural de Puebla y ca-

nónigo de Valladolid, fué autor de *La elocuencia del silencio. Poema heroico, vida y martirio de San Juan Nepomuceno*. (Madrid, 1738).

Pbro. Diego Ribera, mexicano, entre cuyas obras mencionaremos las siguientes: *Descripción poética de las honras fúnebres que hizo México al Sr. D. Felipe IV, y de las fiestas con que celebró la proclamación del Sr. D. Carlos II* (1666). *Relación en verso castellano de la solemnidad con que se dedicó el templo de San Felipe de Jesús* (1673). *Epílogo en verso castellano de las obras que ha hecho en México el Excmo. Sr. D. Fr. Payo Enriquez de Rivera* (1676). *Novena venida de la prodigiosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios de México*, en verso (1673).

Felipe Santoyo, natural de Toledo y portero de la Audiencia de México, publicó en verso: *Descripción del templo de Santa Isabel* (1681). *Descripción panegírica del templo de Santa Teresa la antigua* (1684). *Poesías varias, sagradas y profanas* (1690). *Octavas reales* en loor de San Juan de Dios, premiadas en el certamen poético con motivo de la canonización de dicho santo.

Alonso Ramírez de Vargas, mexicano, capitán, alcalde mayor de Mixquiahuala, compuso una *Descripción poética de las fiestas que se celebraron en México por el nacimiento del príncipe D. Carlos* (1662); y además algunas poesías que se hallan en el *Triunfo Parténico* y otras en el *Festivo aparato* con que se celebró la canonización de San Francisco de Borja. Sigüenza y Góngora califica á este autor de "poeta excelentísimo, que ha poseído desde su niñez la llave dorada de los retretes de Apolo, donde le han sugerido las musas

cuantos versos suaves, cuantos poemas heroicos, cuantas consumadas obras han sido empleo gratisimo de los comunes aplausos.”

El mismo Sigüenza y Góngora habla con aplauso de un auto compuesto por Ramírez de Vargas con el título de *El Triunfo de Diana*.

Agustín Salazar y Torres, español, que á la edad de cinco años vino á México, en donde recibió su educación literaria. De este autor existe una colección de poesías publicada en Madrid con el título de *Cítara de Apolo* (1694); y una *Descripción en verso castellano de la entrada del Duque de Alburquerque* (México, 1653), fuera de algunas piezas dramáticas que dejó inéditas.

Eusebio Vela, mexicano, escribió las siguientes comedias, que en su mayor parte fueron impresas: *El menor máximo San Francisco*. *El Asturiano en las Indias*. *Por engañar, engañarse*. *Amar á su semejante*. *Las constantes españolas*. *Con agravios loco y con celos cuerdo*. *Por los peligros de amor conseguir la mayor dicha*. *El amor excede al arte*. *Si el amor excede al arte, ni arte ni amor á prudencia*. *La conquista de México en tres partes*. *El Apostolado en Indias*: *El héroe mayor del mundo*; *La pérdida de España por una mujer*: *El amor más bien premiado entre traición y cautela*. De este autor dramático dice Beristain que “si no es igual á los Lope y Calderón, es seguramente superior á los Montalvanes y á los Moretos en la decencia de las jocosidades.”

Pbro. Vicente Torija, natural del obispado de Puebla, tradujo en verso castellano las obras de Virgilio, cuyo manuscrito fué llevado á España para imprimirse, sin que se haya vuelto á saber de él.

D<sup>a</sup> María Estrada Medinilla, mexicana, publicó una *Relación en ovillejos castellanos de la entrada del Virrey Villena en México* (1640); y otra *Descripción en octavas reales de las fiestas con que obsequió México al mismo Virrey* (1641).

Sor Teresa de Cristo, religiosa de la Concepción, compuso un *Elogio en verso castellano*, premiado en el certamen que se abrió para celebrar la canonización de San Juan de Dios, é impreso en México (1702).

Cerraremos esta larga lista con la figura más conspicua del siglo XVII y tal vez de todo el período de la literatura colonial en México: nos referimos á Sor Juana Inés de la Cruz, monja de San Jerónimo, cuyo mérito excepcional nos empeña á entrar en algunos pormenores sobre el carácter y las obras de aquella mujer extraordinaria. El 12 de Noviembre de 1651 nació Sor Juana Inés en San Miguel de Nepantla, jurisdicción de Amecameca. La claridad de su talento y la pasión por el estudio se revelaron desde su más tierna edad, pues á los cinco años había adquirido todos los conocimientos que formaban en su época la educación del bello sexo, y á los ocho compuso para la festividad del Corpus, una loa, en que según el testimonio contemporáneo, se habían reunido las cualidades exigidas en esa clase de composiciones. Absteniase ya entonces de algunos alimentos que podían entorpecer su inteligencia, y al saber que había en México una Universidad donde se enseñaban las ciencias que deseaba aprender, instaba con frecuencia á sus padres para que la vistiesen de hombre y la enviasen á cursar las aulas.

Ya que no era posible satisfacer esta rara exigencia,

fué enviada á la edad de ocho años á casa de su abuelo, que residía en la ciudad de México. Allí recibió veinte lecciones de gramática latina, que fueron bastantes para que llegase á conocer á fondo aquella lengua, como se revela por la clásica erudición de sus escritos, siendo de advertir que el copioso caudal de conocimientos que adquirió fué debido á su solo esfuerzo, y para esto, cuando deseaba aprender alguna cosa, recurría al singular expediente de fijarse un plazo cortándose el cabello, y si éste crecía sin haber logrado su objeto, repetía la operación, pues según sus propias palabras, no le parecía razón "que estuviese vestida de cabello cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno."

El brillo de su talento realzado por su hermosura física, que á juzgar por los retratos que nos quedan debió ser notable, decidió á los parientes de la joven poetisa, temerosos de los riesgos que pudiera correr, á colocarla en el palacio del virrey, marqués de Mancera, en calidad de dama de la virreina. Parece que esta señora le profesó un cariño especialísimo, que fué ardientemente correspondido por parte de su bella dama, á juzgar por las muchas composiciones que ésta le dedicó, considerándola con el doble carácter de amiga y protectora. El variado y profundo saber de la poetisa llamó luego la atención de la Corte, y deseando averiguar el virrey la extensión de aquellos conocimientos, á los que llegó á atribuirse con el candor propio de la época un origen sobrenatural, reunió para que la examinaran á todos los profesores de la Universidad y demás personas notables por su instrucción que había

entonces en México, juntándose cosa de cuarenta entre teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas, etc. El resultado de aquel examen se ve compendiado en las siguientes palabras del virrey, que textualmente traslada el Padre Calleja: "Á la manera que un galeón real se defendiera de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas, que tantos, cada uno en su clase, le propusieran."

En medio de los justos aplausos con que era festejada, que debían lisonjear su amor propio de mujer y de escritora, y cuando apenas había llegado á la edad de 17 años, tomó la extraña resolución de abandonar el mundo y encerrarse en un monasterio. El motivo que la haya impulsado á dar semejante paso, está bien indicado por ella misma. En la posición que guardaba tenía que escoger forzosamente entre el matrimonio y el claustro: el primero le imponía obligaciones incompatibles con la libertad que soñaba para entregarse al estudio; el segundo, no obstante hallar en él cosas que repugnaban á su genio, le otorgaba esa libertad: la elección no era, pues, dudosa; tratábase de optar entre lo que ofrecía menores inconvenientes. He aquí sus palabras: "Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) que repugnaban á mi genio; con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación, á cuyo primer respeto, como el más importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas

las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no tener ocupación alguna obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros."

Ahora bien, ¿encontró Sor Juana en el convento lo que tanto anhelaba? ¿Pudo satisfacer en el silencio y soledad del claustro la ardiente sed de saber que consumía su alma? No se necesita discurrir mucho, aun cuando ella no nos lo dijera, para comprender la profunda desilusión de que fué víctima y las graves contradicciones que sufrió en el estrecho círculo en que se vió condenada á pasar 27 años de su vida, y que en tan abierta oposición se hallaba con sus altas y generosas aspiraciones. El comercio con los libros, único refugio que le quedaba contra realidades hartamente penosas, no podía dejar satisfecho el instinto de sociabilidad tan poderoso en su corazón naturalmente expansivo. "Ya se ve, decía, cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro. . . . es sumo trabajo no sólo carecer de maestro, sino de discípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo y por discípulo un tintero insensible."

Pero aun de ese mezquino alivio no le fué lícito gozar enteramente. Desde luego una prelada "muy santa y muy cándida" según se expresa la misma Sor Juana, creyó que el estudio era cosa peligrosa, y le mandó que se abstuviera de semejante ocupación; ella obedeció durante tres meses en que no abrió un solo libro, sin que por esto disminuyese su actividad intelectual, que en

todas partes veía objetos dignos de observación. Otra vez los médicos le ordenaron que no estudiara, por el mal estado de su salud, pero ella los convenció de que las meditaciones á que se entregaba le causaban mayor daño, y le concedieron que leyera. Sin embargo, dos años antes de morir vióse sometida á la prueba más dura que podía imaginarse, puesto que iba á herirla en la parte más sensible de su alma. En mala hora ocurriósele á Sor Juana impugnar un sermón del Padre Vieyra, predicador de gran fama en aquellos tiempos, y con este motivo D. Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, que debía poseer en alto grado las dotes de santidad y candidez que adornaban á la prelada jerónima, le dirigió bajo el nombre de Sor Filotea una carta, que se puede calificar de impertinente, en que después de alabar la impugnación referida, la exhortaba á que abandonase las letras profanas, que se consagrarse únicamente á la religión, formulando el siguiente mandato: "Mucho tiempo ha gastado usted en el estudio de los filósofos y poetas; ya será razón que se perfeccionen los empleos y se mejoren los libros."

Sor Juana contestó al obispo de Puebla con una larga y erudita carta que contiene datos curiosísimos sobre su propia vida, sobre sus inclinaciones literarias y sobre las amarguras y contrariedades que esas inclinaciones le habían ocasionado. Defiende con energía la conveniencia de que la mujer se instruya, y al hablar de su impugnación al sermón del Padre Vieyra, manifiesta con toda franqueza que su entendimiento es tan libre como el del referido Padre, pues viene del mismo solar. No obstante, aquella entereza tuvo que doble-

garse ante exigencias que por todas partes la cercaban, y haciendo el último y más grande sacrificio que podía imponérsele, mandó vender los cuatro mil volúmenes que componían su biblioteca; los mapas, instrumentos científicos y músicos que poseía, repartiendo entre los pobres el producto de la venta. En seguida hizo confesión general; escribió con su propia sangre dos protestas de fe; no dejó en su celda más que algunos libros místicos, y se entregó á penitencias rigurosas que sólo pudieron moderar los mandatos de su confesor. Dos años duró esta nueva fase de su vida; una epidemia de fiebres malignas que apareció en México penetró en el convento de San Jerónimo; Sor Juana entonces se dedicó á asistir con ardiente caridad á las monjas enfermas, y contagiada á la vez, murió en 1695, á la edad de 44 años.

La fama que alcanzó Sor Juana durante su vida, la ha seguido después de su muerte, obteniendo merecidos elogios de ilustres escritores tanto mexicanos como extranjeros. "Puede asegurarse, dice D. Juan Nicasio Gallego, que las primeras obras poéticas (de mujer) que por su variedad, extensión y crédito merecen el título de tales, son las de Sor Juana Inés de la Cruz, monja de México, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo á sus coetáneos el nombre de la *Décima Musa*, y contando entre sus panegiristas al erudito Feyjóo." Y el distinguido académico D. Leopoldo Augusto de Cueto, afirma por su parte, que "la monja de México es, entre estos poetas (sus contemporáneos), la que recibió del cielo estro más puro y sensibilidad más delicada." En efecto, si algunas veces la religiosa

de San Jerónimo pagó tributo al mal gusto que dominaba en su época, fácil es notar la elegante sobriedad de su dición poética cuando dejaba correr la pluma á impulsos de la noble inspiración que llenaba su alma. La gracia y la frescura se desbordan con deliciosa espontaneidad, revistiendo de bellas formas la profundidad de la idea y las pudorosas vibraciones de una sensibilidad exquisita.

El estado de decadencia á que había llegado la poesía española y que siguió en progresión creciente hasta más allá de la mitad del siglo XVIII, ejerció, como era natural, una pésima influencia en la literatura mexicana, que bebía en las mismas fuentes que aquella; sin embargo, los poetas que pasamos á mencionar manifiestan por su número y algunas cualidades literarias, que no disminuyó en ese tiempo el entusiasmo por los estudios humanistas, que se emprendieron obras de erudición y largo aliento, si bien deslucidas con los falsos atavíos de una escuela extravagante. Hechas estas observaciones, veamos los escritores más notables y las noticias que acerca de ellos nos proporciona la obra del Sr. Pimentel á que hemos hecho referencia.

Pbro. Manuel Zumaya, mexicano, tradujo varias óperas italianas, entre ellas una intitulada *Parténope*, representada en el Palacio Nacional para celebrar el natalicio de Felipe V. En la Biblioteca Nacional existe un ejemplar de esta pieza, sin el nombre del traductor ni la fecha de su impresión; pero según indica el Sr. Pimentel, fué publicada en 1711. Zumaya escribió además, una comedia original intitulada *El Rodrigo*, que se representó en el mismo Palacio con motivo del nacimiento del Príncipe Luis Fernando.